

perfecta, y precisamente lo que la deshace es la pérdida de estos dos caracteres. —Nos aproximamos al despertar. Por un lado, al ligero contacto de una mano que nos despierta, una parte de nuestra atención se dirige al exterior. De otra parte, al volver la memoria, las imágenes y las ideas renacientes envuelven á la imagen como un cortejo, entran en conflicto con ella, la imponen su ascendiente, la sacan de su vida solitaria, la conducen á la vida social, la vuelven á sumergir en su dependencia habitual. Estas sacudidas y este combate constituyen el aturdimiento del despertar; y lo que se llama la vigilia razonable no es más que el equilibrio restablecido.

La imagen ordinaria no es, pues, un hecho sencillo, sino doble. Es una sensación espontánea y consecutiva que, por el conflicto con otra sensación no espontánea y primitiva, sufre un empujamiento, una restricción y una corrección. Comprende dos momentos: el primero, en que parece tener residencia y ser exterior; el segundo, en que se le quitan esa residencia y esa exterioridad. Es obra de una lucha; su tendencia á parecer exterior está combatida y vencida por la tendencia contradictoria y más fuerte de la sensación que ha suscitado en el mismo instante el nervio conmovido. Bajo este esfuerzo, se debilita, se atenúa, no es más que una sombra; la llamamos imagen, fantasma, apariencia, y por viva ó clara que sea, basta esta negación que va unida á ella para despojarla de su sustancia, para desalojarla de su residencia aparente, para distinguirla de la verdadera sensación.

Pero supóngase el caso inverso: admítase que en la vigilia, lo mismo que en el sueño, y por ejem-

plo, en el éxtasis ó en el fuego de la acción, esta sensación, á pesar de la conmoción del nervio, es té ausente ó como ausente, es decir, que pase inadvertida, que esté anulada por la presencia y la preponderancia de otra idea, imagen ó sensación. No son raros los ejemplos de este género. En el bombardeo de San Juan de Ulloa, una lluvia de balas mejicanas, llega á la batería de un navío francés; un marinero, grita: «No es nada; todo va bien». Un segundo después cae desvanecido: una bala le había roto el brazo; en el primer momento no había sentido nada (1). Análogamente, en un estado más tranquilo, buscamos una sensación ó fragmento de sensación que quede aniquilado y no pueda ya contradecir á la imagen. Esta parecerá entonces residenciada y exterior; y aunque declarada ilusoria por las ideas circunvecinas, continuará pareciéndolo, porque la sensación que únicamente podría quitarla este carácter, está ausente ó es como si no existiese. La alucinación es entonces completa y lo que la constituye, es la anulación de la sensación ó del fragmento de sensación que sería la única que podría reducirla. —Cuando un alucinado, con los ojos abiertos, ve á tres pasos una figura ausente y tiene delante de él una simple pared revestida de papel gris con bandas verdes, la figura cubre un trozo de esta pared y le hace invisible; las sensaciones que debería provocar este trozo son pues, nulas; sin embargo, los rayos grises y verdes excitan la retina y probablemente los centros ópticos en la forma ordinaria; en otros térmi-

(1) Este hecho me lo ha referido un testigo presencial.



nos, la imagen preponderante aniquila á la parte de sensación que la contradice. Si, como ocurre frecuentemente, el fantasma se mueve, á medida que la imagen preponderante avanza y cubre otra porción de la pared, borra y deja aparecer sucesivamente fragmentos distintos de sensación. No es entonces la razón lo que falta; porque, con frecuencia, en este estado el espíritu permanece sano, y el enfermo sabe que la figura no es real; el *reductor especial*, á saber, la sensación contradictoria, es la que, en este conflicto, sufre la desaparición en lugar de despojar á su adversario de la exterioridad.

Son frecuentes los accidentes de este género después de grandes fatigas de un sentido (1). Se sabe que las personas que utilizan habitualmente el microscopio, ven á veces reaparecer espontáneamente, varias horas después de haber dejado el trabajo, un objeto que hayan examinado durante mucho tiempo. «M. Baillarger, después de haber preparado durante muchos días y varias horas cada día, cerebros con gasa fina, vió de repente que la gasa cubría á cada instante los objetos que estaban delante de él... y esta alucinación se reprodujo varios días». Es claro que aquí faltaba el reductor especial; en otros términos, como la retina tenía enfrente un tapete verde ó un sillón rojo, ciertas líneas verdes ó rojas, aún produciendo sobre ella la impresión acostumbrada, sólo excitaban una sensación nula. Por esto, es por lo que un fisiólogo alemán, que ha observado muy bien sus propias alucinaciones, Gruithuisen, (2)

(1) Baillarger, *Mémoire sur les hallucinations*, 460.

(2) Baillarger, *ibid.*, 334-335.

afirma que ha visto las imágenes flotantes, cubriendo los muebles de la habitación en que se encontraba.

Otros casos muestran el restablecimiento parcial de la sensación correctora. Un alucinado citado por Walter Scott, veía un esqueleto al pie de su lecho. El médico, queriendo convencerle de su error, se colocó entre el enfermo y el punto asignado á la visión. El alucinado pretendió entonces que ya no veía el cuerpo del esqueleto, pero que su cabeza todavía era visible por encima del cuerpo del médico. Por esto, la soledad, el silencio, la oscuridad, la falta de atención, todas las circunstancias que suprimen ó disminuyen la sensación correctora, facilitan ó provocan la alucinación; y, recíprocamente, la compañía, la luz, la atención despierta, todas las circunstancias que hacen nacer ó que vigorizan á la sensación correctora, destruyen ó debilitan la alucinación (1). «Si nos acercamos á un enfermo, presa de alucinaciones, y le hablamos de tal manera que fijemos su atención, podemos convencernos de que sus pretendidos interlocutores invisibles se callan durante el tiempo que dura la conversación...» Un enfermo observado por M. Lélut en el hospital de Bicêtre, «dejaba de tener sus alucinaciones cuando se le cambiaba de sala y de vecinos; pero esta suspensión apenas duraba algunos días; el alucinado, que se habituaba en se-

(1) *Ibid.*, 440, y Brierre de Boismont, obra citada, 388.

«Estas apariciones nocturnas á las que durante el día llamaba ilusiones tontas, por la noche se convertían para mí en terribles realidades», 242. «Constantemente, la entrada de la criada la libraba de la presencia de sus fantasmas.



guida á las nuevas condiciones en que se encontraba, volvía á caer en sus falsas percepciones... Este alucinado necesita impresiones muy vivas y que se sucedan sin interrupción, para que se suspendan las alucinaciones algunos instantes. Apenas queda el enfermo abandonado á sí mismo, apenas se ha dejado de excitarle, cuando el fenómeno se reproduce. En otros, por el contrario, sólo la llegada del médico á la sala, basta para producir una suspensión bastante larga».—Cuando M. Baillarger vió los objetos cubrirse de gasa, «ocurría esto, dice, sobre todo en la oscuridad y cuando dejaba de aplicar mi espíritu (1).»

El mismo observador, habiendo tomado hashich, no podía hacer desaparecer sus alucinaciones si permanecía en la oscuridad; se veía obligado á encender una luz.—Diversos enfermos, que en las tinieblas ven figuras terroríficas, agonizantes, cadáveres, se ven libres de sus visiones tan pronto como se enciende una bujía en su cuarto. Una señora que se encuentra en este caso, necesita tener, desde hace veinte años, luz encendida, cuando se duerme. Una antigua criada, la mujer pública G... «en seguida que cierra los ojos, vé animales, praderas, casas, etc. Me ha ocurrido muchas veces bajarle yo mismo los párpados y en seguida me nombraba una multitud de objetos que se le aparecían». A ciertas personas les basta estar en un cuarto oscuro para tener alucinaciones. «No es raro, dice Mueller, (2) que nos sorprendamos teniendo á la vista imágenes claras de paisajes ó de otros objetos seme-

(1) *Ibid.* 445-446, 328-329-330.

(2) Mueller, *ibid.*, I., 547.

jantes. Yo he padecido mucho este fenómeno, pero he contraído la costumbre, siempre que se presenta, de abrir los ojos inmediatamente y dirigirlos á la pared. Las imágenes persisten todavía algún tiempo y no tardan en palidecer; se las vé donde quiera que se vuelva la cabeza». Aquí, el remedio es visible; consiste en despertar una sensación contradictoria; el fantasma palidece y pierde su exterioridad, á medida que la sensación de color excitada por la pared se hace más clara y más preponderante.—Y el remedio es general; toda sacudida dirige la atención sobre las sensaciones reales; un baño frío, una ducha, la llegada de un personaje imponente ó inesperado, las saca de su retiro y de su nulidad, las restablece más ó menos y por un tiempo más ó menos largo, y por consecuencia, reanima con ellas la sensación particular que es el reductor especial de la ilusión.

En el verano de 1832, «un caballero de Glasgow, de costumbres disipadas (1), fué atacado del cólera, pero curó. La curación no fué acompañada de nada de particular, excepto la presencia de fantasmas de unos tres piés de altura, bien vestidos, con chaquetas de color guisante verde y pantalones del mismo color. Esta persona, de espíritu superior, que conocía la causa de las ilusiones, no se inquietó por ellas, aunque las tenía con frecuencia. A medida que sus fuerzas volvían, los fantasmas aparecían menos frecuentemente y disminuían de tamaño, hasta que, al fin, no fueron mayores que uno de sus dedos. Una noche que estaba sentado sólo, apareció una multitud de aquellos liliputienses sobre la mesa y

(1) Macnish, *Philosophy of sleep*, 290.



le honraron con una danza. Pero como él estaba ocupado en otra cosa, y no tenía humor para gozar con semejante diversión, perdió la paciencia, y golpeando fuertemente sobre la mesa, exclamó con violenta cólera: «¡Marchaos á vuestros quehaceres, imprudentes, pilletes! ¿Qué diablos hacéis aquí?» Toda la asamblea desapareció en el mismo instante y no volvió jamás á molestarle».—La enfermedad tocaba á su término y, de repente, el vivo movimiento de cólera y la sensación del puñetazo devolvieron su preponderancia normal á las sensaciones visuales que deberían haber dado y no daban las partes de la mesa cubiertas por los liliputienses (1).

Otros casos muestran con más pormenor cómo la sensación correctora deja los bastidores y vuelve á entrar en escena (2). El librero y académico Nicolaï acababa de tener grandes disgustos y se había suprimido una de las dos sangrías que le hacían todos los años. «El 24 de Febrero de 1791, dice, después de un vivo altercado ví de repente, á diez pasos de distancia, una figura de muerto... La aparición duró ocho minutos. A las cuatro de la tarde se reprodujo la misma visión... A las seis distinguí muchas figuras que no tenían ninguna relación con la primera... Al día siguiente desapareció la figura de muerto; fué sustituida por otras figuras que representaban á veces amigos y lo más frecuentemente extraños... Estas visiones estaban tan claras y tan determinadas en la soledad como cuando tenía compañía, lo mismo por el día que por la noche, en la calle que en mi

(1) V. nota 2.<sup>a</sup> al final del volumen.

(2) Brierre de Boismont. *ibid.*, 33 Relato de Nicolaï.

casa; sólo eran menos frecuentes cuando estaba en casa de otro. «Eran hombres y mujeres que andaban con aire atareado, después gente á caballo, perros, pájaros; no había nada de particular en sus miradas, en sus dimensiones, en su vestido; sólo parecían *un poco más pálidas* que de ordinario (1). «Al cabo de cuatro semanas, su número aumentó; comenzaron á hablar entre sí y á dirigirle la palabra, lo más frecuentemente con discursos agradables. Distinguía muy bien estas alucinaciones involuntarias de las imágenes voluntarias.

Cuando ciertas figuras conocidas suyas habían pasado así delante de él, trataba mentalmente y de intento reconstruirlas. «Pero, dice, aun viendo claramente en mi espíritu dos ó tres de ellas, no pude conseguir exteriorizar la imagen interior... Por el contrario, algún tiempo después, las veía de nuevo cuando ya no pensaba en ellas.—«Es porque faltaba en la alucinación el reductor especial; por el contrario, estaba activo en la atención ordinaria, sólo por ser ordinaria.—En el primer caso, la imagen que surgía, por sí misma, espontáneamente, sin vínculos ni precedentes visibles, con

(1) M. Brierre de Boismont (*ibid.*, 240) cita el relato de otra persona que, durante una pneumonía, tuvo alucinaciones semejantes, conservando, como Nicolaï, toda su razón.

«A veces las figuras aparecían de repente; pero lo más á menudo no se distinguían hasta un segundo tiempo como si hubiesen atravesado una nube antes de hacerse ver en todo su esplendor. Cada figura permanecía visible cinco ó seis segundos; después desaparecía debilitándose por grados, hasta que no quedaba de ella más que un vapor opaco, sombrío, en medio del cual se dibujaba inmediatamente otra figura.»



un poder completamente personal y automático, anulaba al reductor especial: en el segundo caso, la imagen, que surgía por un esfuerzo del grupo equilibrado de ideas y de deseos que llamamos nosotros mismos, dejaba que hiciese su oficio el reductor especial.—Al cabo de unos dos meses, para suplir la sangría omitida, se aplicaron sanguijuelas al enfermo, y éste vió reaparecer las sensaciones normales, no súbitamente, sino por partes y por grados. «Durante la operación, dice Nicolai, mi cuarto se llenó de figuras humanas de todas clases. Esta alucinación duró sin interrupción desde las once de la mañana hasta las cuatro y media, época en que comenzaba mi digestión. Entonces observé que los movimientos de los fantasmas se hacían *más lentos*. Poco después, comenzaron á *palidecer*; á las siete, habían tomado un tinte *blanco*; sus movimientos eran *muy poco rápidos*, aunque sus formas eran tan claras como antes. Poco á poco se hicieron *más vaporosos*, parecieron confundirse con el aire, mientras que *algunas partes permanecieron todavía* durante un tiempo considerable. A las ocho, próximamente, el cuarto quedó enteramente libre de aquellos visitantes fantásticos.

Cuando en el sueño, á mitad de un sueño intenso, nos despertamos súbitamente, experimentamos una impresión más corta, pero semejante. Yo he visto, con frecuencia, en estas circunstancias, durante un instante fugitivo, *palidecer*, deshacerse, evaporarse, la imagen; á veces, al abrir los ojos, un resto de paisaje, un trozo de vestido, parecían todavía flotar sobre los morrillos de la chimenea ó sobre el fondo negro del hogar. De igual modo, en la curación de Nicolai, las partes

de pared ó de muebles cubiertas por los fantasmas logran poco á poco producir su efecto normal. La sensación que deben excitar conmoviendo el nervio y luego el encéfalo, ya no está paralizada. Esta sensación recobra, al principio una parte de su energía y lucha con fuerzas iguales contra la imagen; porque si bien el fantasma está todavía presente, es vaporoso, y el mueble ó la pared se vislumbran vagamente detrás de él. Pronto recobra toda su preponderancia un fragmento de la sensación; desaparece una pierna ó una cabeza de fantasma, por la reaparición del trozo de mueble que ocultaba. Después, la sensación entera se encuentra restaurada y completa, los fantasmas se han desvanecido y ya no queda de ellos más que la imagen interior capaz de procurar la descripción.

Se vé aquí muy claramente la unión de la sensación y la imagen; es un *antagonismo*, como los que hay entre dos grupos de músculos en el cuerpo humano. Para que la imagen produzca su efecto normal, es decir, que sea reconocida como interior, es preciso que sufra el contrapeso de una sensación; si falta este contrapeso, parecerá exterior. Análogamente, para que los músculos izquierdos de la cara ó de la lengua produzcan su efecto normal, es preciso que estén intactos los músculos derechos correspondientes; si falta este contrapeso, la cara ó la lengua, se inclinan hacia el lado izquierdo; la parálisis de los músculos de un lado produce en el otro una deformación, como el debilitamiento ó la extinción de los reductores de la imagen produce una alucinación.

Regla general: En el mismo sentido y, en general, de sentido á sentido, las sensaciones nor-



males se mantienen unidas. En los casos citados se han visto numerosas pruebas de ello. Cuando se dirige la atención á una sensación normal, es decir, cuando esta sensación recobra su preponderancia ordinaria, hay probabilidades de que las demás sensaciones anuladas recobren también su ascendiente. El enfermo á quien libra al instante de sus ilusiones la claridad de una bujía, el desgraciado cuyas voces se acallan cuando la conversación se hace interesante, el loco á quien una brusca proyección de agua fría vuelve á su buen sentido, son curados, por un tiempo más ó menos largo, mediante la energía más ó menos duradera restituida al reductor especial. Análogamente, en una parálisis facial, la cara deformada por la retracción de los músculos izquierdos, recobra su forma ordinaria si la aplicación de la electricidad vuelve poco á poco su fuerza á los músculos derechos.

Por una consecuencia de los mismos principios, se obtiene en otros casos la curación por un procedimiento inverso: son estos los en que el enfermo está perseguido, no por alucinaciones, es decir, imágenes capaces de anular la sensación normal que debería hacerles contrapeso, sino por ilusiones, es decir, imágenes provocadas por la sensación normal, pero tan fuertes, tan precisas, tan absorbentes, que una sensación exterior efectiva no tendría mayor ascendiente. Basta con frecuencia, que el individuo esté en su estado de excitación y de espera para que una sensación, que iría acompañada de imágenes de mediana viveza, si él estuviera en calma, comunique á las imágenes esa claridad, y esa energía extraordinaria (1).

(1) Dr Moore, *The power of the soul over the body*.

«Toda la tripulación de un navío fué víctima del terror producido por el fantasma del cocinero que había muerto unos días antes. Todos le vieron claramente. Andaba sobre el agua cojeando del modo particular con que se le reconocía antes, porque una de sus piernas era más corta que la otra. Un poco después se encontró que el cocinero, tan perfectamente reconocido, era un resto flotante de un antiguo navío naufragado». Estos marinos supersticiosos, que tenían presente y reciente en el espíritu la imagen de su camarada y su manera de andar, habían tenido todos, sin ponerse de acuerdo, la misma ilusión al aspecto de los movimientos desiguales del resto del navío y, para construir, su imaginación había encontrado fundamento en una sensación.

Lo que había hecho la credulidad, puede hacerlo la enfermedad. Se ven locos que, al lamer una pared, creen sentir el sabor de naranjas deliciosas, ó que, comiendo una fruta sana, la encuentran infecta y envenenada, que mirando á una persona, la toman con persistencia por otra; que ven á los muebles de su cuarto moverse, crecer, tomar una figura fantástica ó terrorífica (1). En este caso, ocurre á menudo que, suprimiendo la sensación normal, que es el punto de partida de la ilusión, se suprime la ilusión misma y el reductor especial se encuentra no ya en el predominio, sino en la ausencia de toda sensación (2).

(1) Brierre de Boismont, 777, *ibid.*—Este es el caso de Don Quijote; la sensación de dos grandes torbellinos de polvo, provoca en él la imagen y, por consiguiente, la sensación de dos ejércitos.

(2) Griesinger, *Traité des maladies mentales*, 103. Diversos ejemplos.



«D..., de 75 años, sano de espíritu, vuelve un día á su casa, asustado por mil visiones que le persiguen. De cualquier lado que mire, *los objetos se transforman en espectros* que representan tan pronto arañas monstruosas que se dirijen hacia él para beber su sangre; tan pronto militares con alabardas. Se le sangra en el pie; las visiones persisten, acompañadas de insomnios tenaces; se le aplica una venda á los ojos y en seguida cesan aquellas, volviendo en cuanto se le quita la venda hasta que el enfermo la conserva sin interrupción durante toda una noche y parte del día. A partir de este momento el enfermo no volvió á ver aquellos fantasmas sino á largos intervalos, y al cabo de algunos días, desaparecieron completamente. El enfermo no ha tenido recaída.» Aquí, en lugar de fortificar el reductor especial, se ha suprimido el excitador especial y se ha obtenido el mismo éxito por un medio opuesto.

En una observación muy curiosa hecha por el Dr. Lazarus sobre sí mismo, se vé no menos claramente, cómo la sensación excitadora, sucesivamente presente ó ausente, provoca y suprime la ilusión. «En una tarde muy clara, estaba en la terraza del Kaltbad en el Rigi, buscando á simple vista el Waldbruder, una roca que se levanta en medio del gigantesco muro de montañas circunvecinas, en el vértice de las cuales se ven, como una corona, los glaciares de Titlis, de Uri-Rothstock, etc. Yo miraba sucesivamente á simple vista y con el antejo; los reconocía muy bien con el antejo, pero no podía distinguirlos á simple vista. Durante unos seis ó diez minutos, había extendido mi mirada hacia las montañas cuyo color, según las diversas alturas y profundidades, flotaba entre el viole-

ta, el pardo y el verde sombrío, y me había fatigado en vano cuando lo dejé y me fui. En el mismo instante ví (no puedo acordarme si con los ojos abiertos ó cerrados) el cadáver de uno de mis amigos ausentes, delante de mí. Debo observar que, desde hacía muchos años, yo tenía la costumbre de anotar por escrito todo grupo de representaciones que, durante el sueño ó en la vigilia surgiese con una fuerza, una precisión, una claridad particulares y que se me impusiese con esa clase de vivacidad que hace considerar á esa representación como un presentimiento. Debo además hacer observar, que nunca he tenido la felicidad de ver cumplirse uno de estos presentimientos, aunque frecuentemente los míos eran tan repentinos, tan claros, tan inexplicables en apariencia como se pudiese desear. Además, lo cual se comprende muy bien en un psicólogo, he contraído el hábito de remontarme hacia atrás después de estos incidentes, y de seguir, á partir de ellos, toda la corriente de las representaciones antecedentes. Con bastante frecuencia, he logrado explicar, por las conocidas leyes de la asociación de ideas, cómo el presentimiento había podido introducirse en la serie de los pensamientos que yo tenía entonces.

«En la ocasión de que se trata me hice, pues, en seguida esta pregunta: ¿Cómo he venido á pensar en mi amigo ausente?—Algunos segundos después, volví á coger el hilo de mis pensamientos, que había quedado roto al buscar el Waldbruder y, con la mayor facilidad, encontré que la idea de mi amigo por una necesidad muy sencilla, había debido introducirse en la cadena de mis pensamientos. El recuerdo que yo había tenido de él, se encuentra así explicado naturalmente.—



Pero había además la circunstancia de que se me había aparecido como un cadáver. ¿A qué se debía esto?—En este momento, sea porque mis ojos estaban fatigados, sea para reflexionar mejor, cerré los ojos y de repente ví todo el campo de mi vista, en una extensión considerable, cubierto del mismo color cadavérico, el gris amarillento verdoso. En seguida consideré esto como el principio de la explicación buscada, y traté de representarme también otras personas mediante la memoria. Y, en realidad, éstas se me aparecieron igualmente como cadáveres; de pie, sentadas, como yo quería, tenían también un color de cadáver.—Por lo demás, todas las personas que quería ver no se me aparecían en el estado de fantasmas sensibles; además, con los ojos abiertos, ya no veía los fantasmas, ó por lo menos sólo los veía desvaneciéndose y de un color indeterminado. Entonces investigué qué relación tenían los fantasmas de las personas con respecto al campo visual circunvecino y análogamente coloreado, y por quién estaban trazados sus contornos; si las caras y las partes vestidas eran diferentes. Pero, ó ya era demasiado tarde, ó el influjo de la reflexión y del examen, era demasiado poderoso; todo palideció súbitamente, y el fenómeno subjetivo, que habría podido durar todavía algunos minutos, había desaparecido.—Se vé claramente que, aquí, un recuerdo interno, que surge según las leyes de la asociación, se había unido con una *sensación* consecutiva de la vista. La excesiva excitación de la periferia del nervio óptico, quiero decir la larga sensación previa que mis ojos habían tenido al contemplar el color de la montaña, había provocado de rechazo una sensación subjetiva y dura-

redera, la del color complementario; y mi recuerdo incorporado á esta sensación subjetiva, se había convertido en el fantasma de tinte cadavérico que he descrito (1)». Se observa en este caso singular el efecto morboso de la sensación. Si estaba presente, aumentaba la fuerza y la claridad de una vaga representación ordinaria, hasta hacer de ella un fantasma sensible. Si estaba ausente, disminuía la fuerza y la claridad de este fantasma sensible, hasta reducirle al estado ordinario, es decir, al estado de representación vaga.

Así, en todos los procedimientos para combatir la exageración de las imágenes, no se trata nunca más que de restablecer un equilibrio; no el de una balanza en que los dos platillos están nivelados, sino el de una balanza en que uno de ellos está más bajo que el otro. En el estado normal de vigilia, el primero que contiene las sensaciones propiamente dichas, es el más pesado; el segundo platillo, que pesa menos, contiene las imágenes propiamente dichas. En el primer instante, en el estado normal, los dos platillos están en la misma línea; pero en seguida el primero, más pesado, vence al otro, y nuestras imágenes se reconocen como internas. A veces, en la enfermedad, una pesa pasa del primer platillo al segundo, que vence entonces á aquél, y tenemos una alucinación propiamente dicha; entonces nos vemos obligados á poner nuevas pesas, es decir, sensaciones nuevas en el primero, para quitarle su preponderancia. A veces también, está unida por un hilo una pesa del segundo platillo con otra del primero; éste no puede ya bajar y tenemos una ilusión pro-

(1) *Zur Lehre den Sinnestauschungen*. Berlín, 1887.



piamente dicha; el medio precedente no tiene ya aplicación y sería en vano que agregásemos nuevas pesas; hay que quitar del primer platillo la pesa que con su hilo mantiene el nivel de los dos platillos á pesar de la desigualdad de su carga. En el primer caso se restablece el estado normal agregando pesas, y en el segundo quitándolas.

V. Pero no son estos los únicos procedimientos eficaces; porque además de las pesas constituidas por las sensaciones, hay otras más ligeras y que no obstante, bastan ordinariamente y en el estado de salud, para quitar á la imagen su exterioridad: los recuerdos. Estos recuerdos son imágenes, pero coordinadas y afectadas de un retroceso que las sitúa en la línea del tiempo; más adelante se verá su mecanismo. A ellos están asociados juicios generales adquiridos por la experiencia y todos reunidos forman un grupo de elementos ligados entre sí, equilibrados los unos con respecto á los otros, de manera que el todo es de una consistencia muy grande y presta su fuerza á cada uno de sus elementos. — Todo el mundo puede observar en sí mismo el poder reductor de este grupo. Hace algunos días, en un sueño perfectamente claro y seguido, me ha ocurrido hacer una tontería ridícula y enorme, imposible de escribir; supóngase en su lugar otra cosa más leve, por ejemplo, quitarse gravemente las botas y ponerlas sobre la chimenea, en el sitio del reloj. ¡Era en un salón que yo estimo mucho; yo veía claramente los principales huéspedes sus vestidos, sus actitudes; hablaba con ellos; la escena había sido larga y la impresión tan fuerte, que un cuarto de hora

después habría podido contarla con todos sus pormenores; yo estaba á disgusto y sentía mi tontería preguntándome cómo podría repararla. En aquel momento comenzó el despertar y duró dos ó tres minutos. Los ojos estaban todavía cerrados, pero probablemente después de alguna sensación de frío ó de movimiento real, la conciencia ordinaria renacía, aunque débilmente. Al principio me quedé asombrado de haber hecho aquella torpeza monstruosa; en otros términos, el recuerdo vago de mis acciones precedentes surgía y se encontraba en oposición con el sueño; este recuerdo se precisó y trajo otros; la línea del pasado volvía á formarse y, al mismo tiempo, sucesivamente, la tontería soñada no encontrando lugar para situarse, desaparecía, se evaporaba, después vino este juicio fundado sobre ideas generales: «Es un sueño». Al instante y definitivamente, la imagen ridícula se distinguió y se separó de los recuerdos afirmados, para volver á la región de los puros fantasmas. Todavía no había abierto los ojos; la sensación de los objetos presentes no había cumplido su cometido, por lo menos no lo había hecho más que para reanimar los recuerdos ordinarios y los juicios generales, juicios y recuerdos que, por la fijeza de su orden y por la coherencia de su grupo, habían operado la reducción necesaria y vencido la tendencia natural, por la cual la imagen nos produce ilusión.

Hay casos en que esta represión es mucho más lenta. M. Baillarger soñó una noche que cierta persona era nombrada director de un periódico; por la mañana creía que la cosa era cierta y habló de ella á varias personas que se enteraron de ello con interés; durante toda la mañana persistió



el efecto del sueño, tan fuerte como el de una sensación verdadera; solamente, hacia las tres, cuando subió en un coche, la ilusión se disipó; entonces comprendió que había soñado; así, el grupo reductor no había recobrado su ascendiente sino al cabo de medio día.—En este respecto, la minuciosidad y la intensidad de una imagen voluntaria tienen á veces la misma potencia que el sueño. En la vida de Balzac, de Gerardo de Nerval, de Edgardo Poe y de otros grandes artistas se encuentran ejemplos de esto. Un día, Balzac describe con entusiasmo en casa de Mme. Delphine Gay un soberbio caballo blanco que quiere regalar á Sandeau; algunos días después cree haberse lo dado efectivamente y pide noticias de él al mismo Sandeau; probablemente, ante el asombro y las denegaciones de su amigo, dejó de creer en el regalo.

Otras veces, el grupo reductor debilitado no basta para reprimir una imagen, aún ordinaria. «Un viejo, dice M. Maury, había viajado mucho, pero había leído todavía más viajes de los que había hecho. Los recuerdos de sus peregrinaciones y de sus lecturas habían acabado por confundirse completamente; todo esto se presentaba á la vez á su espíritu cuando estaba extendido en su *chaise longue* y contaba gravemente todo lo que había leído. Decía, por ejemplo, que había estado en las Indias con Tavernier, en las islas Sandwich con Cook y que de allí había vuelto á Filadelfia, donde había servido á las órdenes de Lafayette. Este último hecho era cierto». La idea de la cronología y del orden de los siglos había desaparecido y no hacía su oficio habitual.

A cada instante, las personas de imaginación

viva se ven obligadas á hacer las reducciones que este viejo no hacía ya; el orden general de sus recuerdos, fortificado por la agregación de alguna observación nueva, basta para ello, lo más frecuentemente. Pero cuando una imagen, adquiriendo una intensidad extraordinaria, anula la sensación particular que es su reductor especial, es en vano que el orden de los recuerdos subsista y que se produzcan los juicios; tenemos una alucinación; en verdad sabemos que estamos alucinados, pero la imagen no nos deja de parecer exterior, nuestras otras sensaciones é imágenes forman todavía un grupo equilibrado, pero este reductor es insuficiente, porque no es especial (1). «El doctor Gregory había ido al Norte por mar para visitar á una señora, parienta cercana suya, por quien se interesaba vivamente y que se encontraba en un estado avanzado de consunción. Al volver de esta visita, había tomado una dosis moderada de láudano contra el mareo y estaba en una litera del camarote, cuando apareció ante él la figura de la señora, de una manera tan clara que su presencia actual no habría sido más viva. Estaba completamente despierto y sentía plenamente que aquello era un fantasma producido por el opio, al mismo tiempo que por su intenso sentimiento interno; pero no pudo librarse de la visión por ningún esfuerzo». En efecto, la sensación que habría debido producir en él la pared gris del camarote estaba anulada por toda la superficie, que parecía cubrir este fantasma y claro es que un razonamiento no produce el efecto de una sensación.—Muchas circunstancias orgáni-

(1) Macnish, *Philosophy of Sleep*, 289